

ÉTICA MORAL
AYER Y HOY

JUAN PABLO LINÁS CUENTAS

Médico, filósofo
Barranquilla, Colombia

La moral es suma expresa de principios. La ética, disciplina afín, proviene como verbo del vocablo griego *ethos*, voz aguda, la cual significa costumbre. Los helenos nominaban costumbre a lo que hoy llamamos cultura. Existe cierta identidad entre el término griego *ethos*, ética, y el latino *mos*, moral. Este último lo equiparamos a uso, a hábito, a precepto.

Las nociones estudiadas antes no se entienden si al término se desconoce el proceso histórico sufrido en sus sinonimias. Las palabras ética y moral cambian su contexto al paso de las centurias. Primero para aqueos de la liada, federalistas y comunitarios, ética significa costumbre; luego, durante la polis y el centralismo individualista, carácter personal, modo de ser. Más tarde aún, siglo II, durante el legislador imperio romano, *mos*, moral, designa costumbre, norma, *lex*, ley, juricidad. Así, el contenido etimológico de las voces ética y moral se presta a equívocos, no obstante ser la diferencia entre ellas evidente. La ética, hoy día, es un discurso valorativo, jamás historiográfico; tiene propósito de producir doctrina. En cambio, la moral crea la norma. Mientras la primera ambiciona lo absoluto, la segunda, no especulativa y de franco origen histórico, varía de acuerdo con la sociedad que le da origen. La ética comienza cuando existe conducta moral sobre la cual realizar un análisis. La moral, en cambio, aparece al aceptarse el contacto social. La primera es ciencia, la segunda no lo es, pero puede convertirse en objeto de investigación científica.

Las relaciones humanas crean problemas cuya solución afecta al sujeto y a otras personas. En casos semejantes, el hombre ajusta su conducta a normas previstas. Cuando esto sucede, el comportamiento propio o de grupo

posee una moral determinada. Sobre el contenido moral de este comportamiento, personas dedicadas a ello juzgan conforme a métodos establecidos y formulan juicios de valor. Tenemos así dos concepciones, una la conducta moral, otra el juicio de valor. A la conducta moral llamamos moral, al juicio de valor o reflexión filosófica sobre la moral, llamamos ética.

Cuando el individuo se plantea el problema de cómo actuar de manera que su acción sea buena, debe recurrir a una norma de conducta aceptada en conciencia y de libre arbitrio. Sería ilusorio recurrir a la ética en busca de una respuesta concreta. La ética investiga qué es lo responsable, cuándo existe ataque a la norma moral y cuándo existe libertad para aceptarla. El problema de qué hacer es moral, el problema de definir lo bueno es ético. Lo uno, lo primero, posee carácter individual, lo otro, lo segundo, carácter general.

La ética se empeña en definir lo bueno. Desea conocer la esencia de ese concepto, verificar su contenido sin precisar aquello que el hombre debe hacer en cada nueva circunstancia de la vida. En justicia, la investigación teórica de la ética tiene alguna influencia en las decisiones prácticas de la moral. Al definir lo bueno en su sentido general, la ética señala, sin proponérselo, un camino o ciertas normas, marco en el cual el individuo puede orientarse al escoger conducta. En ese sentido la teoría puede influir en la práctica. Pero en realidad, el problema práctico y teórico, el problema moral y el ético, no pueden identificarse.

Ciertos comentaristas ven en la ética una ciencia normativa pura. Esto demerita su evidente carácter teórico, cuya tarea propia es definir, esclarecer o interpretar la siempre dada realidad moral. Contra ese inexplicable normatismo han reaccionado hoy día.

La ética como doctrina nace con Aristóteles. La moral, posterior a esta, con Alfonso María de Ligorio. Cabe distinguir los moralistas Buda y Zaratustra, que aconsejan normas de vida, y el filósofo ético Aristóteles, que toma una moral determinada y reflexiona sobre ella.

La moral se considera un conjunto de normas que regulan la conducta social del hombre. No precede al primer individuo, más bien surge a su paso y lo guía en el ascenso. Comprende una parte normativa, que señala el deber

ser, y una fáctica, actos concretos realizados o no conforme a los preceptos establecidos. La primera es conducta individual, la segunda el resultado de esta, y así aparece como fundamento de la historia del mundo, en ciertos testimonios del hombre y, desde luego, en la literatura universal.

Las normas generales pueden ser morales o jurídicas. Las morales regulan el comportamiento interior del individuo. Su desobediencia entraña remordimiento. Las jurídicas regulan, en cambio, el comportamiento externo del sujeto, y su contravención entraña un castigo. Son heterónomas, es decir, impuestas mediante autoridad, y su cumplimiento proviene de voluntad extraña al sujeto.

La moral es un hecho cultural y sucede una a otra, lo mismo que las sociedades se suceden en el orden originario. No la concebimos como algo para siempre, más bien como aspectos de la realidad humana que varían con la época. Aparece la primera vez cuando el hombre abandona su naturaleza instintiva y adquiere la nueva de tipo social, al formar parte de la comunidad. Allí se ve obligado a seguir normas de comportamiento que regulan las relaciones entre los individuos. Estas obligaciones entrañan el desarrollo de las cualidades morales mediante las instancias comunes, más tarde calificadas como virtudes. En una tribu sujeta, para poder subsistir en la lucha contra otras, el valor personal de sus hombres es condición inequívoca. Por eso resulta, en tales agrupaciones, un lugar común exaltar la ayuda mutua, la disciplina y la solidaridad, y en cambio reprochan el egoísmo, el ocio improductivo y las debilidades de carácter. Se establece pues y de manera metódica la frontera entre lo bueno y lo malo, lo justo y el desafuero y una tabla auxiliar de deberes, llamada código, basado en el beneficio comunitario. Estas cualidades morales son bienes comunes y de esa manera bienes del individuo.

La piedra, el vegetal y el animal irracional vienen programados. No son ni buenos ni malos. No escogen su propio futuro. En su medio natural hacen lo que tienen que hacer. El toro cuida de la manada, los pájaros cantan y las ranas croan desde el principio del mundo. El hombre al decidir siente la presión de la costumbre, de la cultura, pero en el momento dado es libre para hacerlo. A diferencia de otros seres escoge una forma de vida, opta por aquella que le parece buena, y al proceder acierta o se equivoca, lo cual no suele pasar a animales y plantas.

Cuando alguien decide, lo hace porque así lo prefiere, pero el decidir no siempre se presenta de manera fácil. Circunstancias hay en las cuales elegimos entre opciones difíciles de aceptar. Aristóteles cuenta la historia de un barco que transporta un cargamento valioso. En un momento dado los sorprende una tormenta. La única forma de sortear el peligro obliga a arrojar por la borda algo de peso. El capitán se plantea una disyuntiva: hombres o mercancía. A él le hubiera gustado encontrar el mar calmo y poder cumplir su cometido sin contingencia grave y conforme a la norma.

Cuando tenemos instancias felices nos encontramos en dificultades parecidas a las del capitán. Pero esta situación desesperada no es frecuente. La mayoría de nuestras decisiones no necesitan mucha reflexión. Estas obedecen a ciertas normas, a costumbre nativa o a capricho.

Lo que hacemos es siempre hábito, independencia o locura. Cada una de tales alternativas inclinan la iniciativa en un orden determinado. No todos poseen la misma fuerza. Oficia, en caso dado, el miedo, la recompensa o el ensueño. Normas y costumbres son mandatos ajenos que provienen de fuera del individuo, la independencia es de dentro, es albedrío.

El caso del barco indica cómo en ocasiones puede ser prudente no atenerse a la norma ajena para echar mano de la norma peculiar, de la decisión personal. Este momento de norma moral propia, de indudable libertad, es así mismo de grande autonomía, cuando Héctor, junto a la muralla de su Troya nativa, enfrenta al aqueo Aquiles aunque sabe que va a morir. A discreción escoge su suerte entre esperar a pie firme o escabullirse. Nada y todo lo obliga a una de las dos decisiones. La costumbre o la voluntad individual. Quien huye del castigo y busca solo la recompensa es un esclavo. Quien no decide por sí mismo y se apoya, al hacerlo, en conducta ajena, lejos de su conciencia de individuo, pierde la libertad. Hay que buscar los caminos de la vida mediante medios privados. Hay que desechar, mediante conciencia patrimonial, la norma cuando así debe hacerse y plantear soluciones desde sí mismo.

No habría moral si no hubiere libertad. La moral se da en la persona que ejercita actos libres. Empero, no todo acto libre tiene un valor positivo. La libertad no basta para dar valor moral positivo a un acto. Existen actos libres con valores negativos o disvalor. La libertad es condición necesaria pero no absoluta para otorgar valor moral positivo a la conducta del hombre.

Hablar y escuchar es el primer paso en el camino de humanizar la vida, de fundamentar la moral. Para que otros me hagan humano debo hacerlos humanos. Si para mí son bestias, eso soy para ellos. Cuando se habla de moral, la gente suele referirse a normas y costumbres, pero quizás el verdadero desiderátum no está en someterse a un código o en desobedecer lo establecido, sino en comprender y en comprenderse.

Con el fin de alcanzar independencia y plenitud hay que tener juicio, conciencia. Acaso debemos verificar con perspicacia el error y el acierto, hasta lograr afinar el sentido moral. Así, es consecuente quien sabe lo propio para un buen vivir y se empeña en conseguirlo al rechazar odios y caprichos nocivos, que sólo traen remordimientos. Ser responsable es saberse libre al escoger el acierto o el desatino, aceptar la culpa y poder enmendar lo mal dispuesto. A diferencia del irresponsable y del niño, el buen fiador siempre está dispuesto a avalar su culpa. Nadie consigue lo conveniente sin esfuerzo y sin coraje. Cada acto autónomo construye, inventa y define al ser único. El individuo al elegir evoluciona, se transforma, asciende, se concreta. Toda conducta afirmativa deja huella primero en el propio ser y luego en sus circunstancias. Si se obra bien cada día, se vuelve más inadmisibles obrar de otra manera.

Mientras el hombre se encuentra solo en el universo, caso de Robinson Crusoe, se plantean problemas materiales, vivienda, comida, higiene. Cuando aparece el semejante surge un nuevo orden, el orden moral. No se trata, en consecuencia, de sobrevivir, se trata de vivir como humanos, es decir, al frente o al lado de otros hombres. La vida humana impone normas humanas, normas morales que ordenan la buena vida.

Intentamos entendernos cuando somos capaces de ponernos en el lugar de otro, cuando reconocemos el derecho ajeno, cuando hacemos justicia, cuando comprendemos. La vida es demasiado complicada para que un código inamovible, hecho por legisladores, pueda contenerla o conducirla. Cuando dos seres humanos coinciden en amarse, forma pura de inteligencia, nada hay superior a este acuerdo.

La enseñanza de hoy nos ilustra mucho y educa muy poco. Contados superan el positivismo y gustan ser medidos en función de ingresos. Hom-

bres y sociedades solo pueden vivir bajo un orden social explícito que impone un determinado precepto moral. Pueblos laicos como Uruguay, ateos como Suecia, protestantes como Inglaterra, católicos como Colombia o paganos como Japón desarrollan una específica moral que promueve su progreso y les permite vivir en comunidad.

El mundo espera para el siglo XXI que los muchos bienes de servicio logrados mediante el socialismo de libre mercado se repartan en forma equitativa, un mayor aprecio de las artes sustituya a las distracciones hoy día más populares y sentimientos religiosos maduros se propaguen como no se había visto nunca. Para ese momento de ordenamiento maravilloso el hombre habrá alcanzando la anhelada perfección espiritual, la anhelada perfección moral.

En los años cincuenta Ortega y Gasset nos dijo, durante una de sus lecciones públicas: *puedo venderles agua mientras no descubran el río*. Parece que esto significa que las sociedades crean la norma moral a partir de valores inmutables y el hombre, de suyo, si conjetura la rivera, si conjetura la perfección, tiene libertad para escoger una moral, hasta hacer de él Arcángel y no Luzbel.